



EL ENGAÑO DE  
**BOURNE**

DE

**ROBERT  
LUDLUM**

POR

**ERIC VAN LUSTBADER**

Umbriel

## Sinopsis

Leonid Arkadin, archienemigo de Jason Bourne, se salva a último momento de una muerte segura y decide utilizar todos sus recursos para acabar con el torturado agente secreto norteamericano. Gravemente herido, Bourne decide cambiar de identidad y mantenerse oculto mientras planea la manera de sobrevivir a la tenaz persecución de Arkadin. Mientras tanto, un avión estadounidense cae derribado por lo que parece un misil iraní, un acto terrorista que pone al planeta al borde de una nueva, y definitiva, guerra mundial. Bourne debe salir de su escondite para averiguar quién está detrás del atentado, lo que lo obliga a exponer su posición ante su implacable asesino.

Con una tensión sabiamente dosificada y un nivel de acción sin comparaciones en la literatura actual, Eric Van Lustbader nos trae la nueva aventura de Jason Bourne, el personaje más emblemático de Robert Ludlum, creador de las mejores obras de intriga internacional.

Robert Ludlum  
El engaño de Bourne  
por  
Eric Van Lustbader  
Traducción de Martín Rodríguez-Courel Ginzo

Título original: *The Bourne Deception*

Editor original: Orion Books, Londres

Traducción: Martín Rodríguez-Courel Ginzo

ISBN EPUB: 978-84-9944-468-0

Todos los personajes de esta novela son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Estate of Robert Ludlum 2009

Published in agreement with the author c/o Baror International, Inc., New York, NY, USA

All Rights Reserved

© de la traducción 2013 by Martín Rodríguez-Courel Ginzo

© 2013 by Ediciones Urano, S.A.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

[www.umbrieditores.com](http://www.umbrieditores.com)

Depósito legal: B-265-2013

Para Jeff, que desencadenó todo con una simple pregunta

## Prólogo

Múnich, Alemania / Bali, Indonesia

—Hablo ruso bastante bien —dijo el secretario de Defensa Bud Halliday—, aunque prefiero hablar en inglés.

—Me parece bien —replicó el coronel ruso con un marcado acento eslavo—. Siempre es una satisfacción hablar otros idiomas.

Halliday dedicó al hombre una sonrisa avinagrada en respuesta a su pulla. Era un lugar común el que los norteamericanos sólo querían hablar inglés cuando estaban en el extranjero.

—Bueno. Así acabaremos esto más deprisa. —Pero en lugar de empezar, se quedó mirando fijamente una pared llena de malas reproducciones de fotografías de grandes del jazz como Miles Davis y John Coltrane, copias, no tuvo ninguna duda, de fotos aparecidas en la prensa.

Después de ver al coronel en carne y hueso, había empezado a pensarse mejor lo de aquella reunión. Por un lado, era más joven de lo que Halliday había imaginado. Llevaba muy corto, al estilo de los militares rusos, el pelo rubio tupido, sin un solo rizo. Por otro, parecía un hombre de acción; Halliday observó que los músculos se le marcaban bajo la tela de su traje barato. El sujeto poseía una serenidad que le inquietó, aunque eran sus ojos —claros, hundidos e imperturbables— lo que verdaderamente desconcertó al secretario. Era como si estuviera viendo una fotografía de unos ojos, más que los ojos en sí. La nariz protuberante y llena de venas no hacía más que resaltar la implacable singularidad de aquellos ojos: era como si el hombre no tuviera alma y sólo se manifestara una voluntad incommovible, como algo antiguo y perverso. Hallyday había leído algo al

respecto en un cuento de H. P. Lovecraft cuando era adolescente.

Sofocó el impulso de levantarse e irse sin mirar atrás en ningún momento. Pero había llegado hasta allí por un motivo, se recordó.

La niebla que asfixiaba Múnich —de la misma tonalidad exacta que el desagradable gris de los ojos de Karpov— era un fiel trasunto del estado de ánimo de Halliday. Deseaba vehementemente no tener que volver a ver aquel despreciable remedo de ciudad. Por desgracia, allí estaba, en aquel olvidado club de jazz subterráneo atestado de humo, después de que una limusina Lincoln blindada lo dejara en una Rumfordstrasse infestada de turistas. ¿Qué era lo que tenía tan de especial aquel ruso, como para hacer que el secretario de Defensa de Estados Unidos se desplazara casi siete mil kilómetros hasta una ciudad que despreciaba? Boris Karpov era coronel de la FSB-2, según parecía la nueva agencia policial antidroga rusa. Y un buen reflejo del meteórico ascenso al poder de la FSB-2, era que uno de sus oficiales pudiera hacer llegar un mensaje a Halliday, e incluso que consiguiera hacerlo salir de Washington.

Pero Karpov había sugerido que podía entregarle algo que Halliday ansiaba muchísimo. Puede que el secretario de Defensa se hubiera preguntado de qué podría tratarse, aunque había estado demasiado ocupado intentando adivinar qué querían los rusos a cambio. Que en esos acuerdos siempre mediaba un quid pro quo era algo que Halliday sabía muy bien; era un veterano de las luchas políticas internas que siempre rodeaban al presidente como una tormenta de arena. Y también sabía muy bien que los quid pro quo podían ser dolorosos de aceptar, aunque el nombre del juego político, tanto nacional como internacional, era compromiso.

Aun así, de no haber sido por la repentina fragilidad de su posición con el presidente, Halliday tal vez no habría aceptado la oferta de Karpov. La inesperada y sorprenden-

te defenestración de Luther LaValle, el zar de la inteligencia nombrado a dedo por él, había socavado los apoyos políticos de Halliday. Amigos y aliados por igual lo criticaban y cuestionaban a sus espaldas, y había tenido que empezar a preguntarse cuál de ellos sería el primero en clavarle el metafórico cuchillo en la espalda.

Pero había estado en la brecha el tiempo suficiente para comprender que la esperanza llega a veces bajo formas tan aparentemente desagradables como un lecho de clavos. Así que confiaba en que el acuerdo de Karpov le proporcionara el rédito político que restableciera inmediatamente su prestigio ante el presidente y su cuota de poder dentro del sistema multinacional de la industria del armamento.

Cuando el trío del escenario empezó su ruidosa actuación, Halliday repasó mentalmente una vez más el expediente de Boris Karpov, como si en esa ocasión fuera a encontrar alguna información más, cualquier cosa, incluida una foto del coronel, daba igual el grano que tuviera o lo desenfocada que estuviera. No existía tal foto, por supuesto, ni más información que las cuatro manidas frases en la única hoja rotulada con un afiligranado «MÁXIMO SECRETO». Dadas las desdeñosas relaciones de la Administración con Rusia, la NSA, la Agencia Nacional de Seguridad, tenía un conocimiento limitado del funcionamiento interno del sistema político ruso, por no hablar del FSB-2, cuyo cometido a la sazón era altamente secreto, bastante más que el del FSB, el heredero político de lo que otrora había sido el KGB.

—Señor Smith, parece distraído —comentó el ruso. Habían acordado que en público utilizarían los seudónimos de señor Smith y señor Jones.

El secretario giró la cabeza en redondo. En entornos subterráneos se sentía profundamente incómodo, al contrario que Karpov, que se le antojaba cada vez más una criatura de las tinieblas. Levantando la voz para que su interlocutor le oyera por encima del rítmico estruendo, dijo:

—Nada más lejos de la realidad, señor Jones. Me limito a asimilar el peculiar ambiente que ha escogido con la dicha de un turista.

El coronel soltó una risa ronca y gutural.

—Tiene un curioso sentido del humor, ¿no le parece?

—Me tiene completamente calado.

—Eso está por ver, señor Smith —replicó el ruso tras una sonora carcajada—. Dado que ni siquiera conocemos a nuestras esposas, parece improbable que conozcamos a nuestros... homólogos.

El pequeño titubeo hizo que Halliday se preguntara si Karpov no iba a decir «adversarios», en vez de la neutra palabra que había escogido. No se molestó en preguntarse si el ruso era consciente de su posición política, porque eso no tenía ninguna importancia. Lo único que le preocupaba era si el acuerdo que se iba a proponer lo ayudaría.

El trío cambió bruscamente de ritmo, la única pista que tuvo el secretario de que habían cambiado de repertorio sin solución de continuidad, y entonces se encorvó sobre la cerveza demasiado amarga que apenas había tocado. En aquel garito ni siquiera tenían Coors.

—Prosigamos con el asunto, ¿de acuerdo?

—De inmediato. —El coronel Karpov colocó las manos sobre sus antebrazos dorados. Tenía cicatrices en los nudillos, que amarilleaban a causa de los callos, lo que les hacía parecer tan escabrosos como las Montañas Rocosas—. Sé, señor Smith, que no tengo que explicarle quién es Jason Bourne, ¿cierto?

Al oír el nombre Halliday endureció la expresión, y tuvo la misma sensación que si el ruso le hubiera rociado con gas refrigerante.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó inexpresivamente.

—Lo que le estoy diciendo, señor Smith, es esto: que mataré a Jason Bourne por usted.

Halliday no perdió el tiempo preguntándole cómo sabía que quería a Bourne muerto; durante el último mes la NSA había desarrollado suficiente actividad en Moscú como para dejarle sobradamente claro a un ciego sordomudo que Bourne era un blanco que exterminar.

—Muy magnánimo por su parte, señor Jones.

—Oh, no, señor, de magnánimo nada. Tengo mis motivos particulares para quererlo muerto.

Al oír tal reconocimiento el secretario se relajó un poco.

—Muy bien, digamos que mata a Bourne. ¿Qué es lo que quiere a cambio?

En los ojos del coronel apareció lo que algún otro podría haber calificado de brillo, pero a Halliday, que todavía andaba intentando calibrar al ruso, le pareció como si alguien hubiera caminado sobre la tumba de Bourne. La muerte le había guiñado un ojo.

—Conozco esa mirada, señor Smith. Sé que se espera lo peor..., una suma elevada. Pero a cambio de que me dé permiso para quitar a Bourne de en medio con total impunidad frente a las consecuencias de los daños o molestias colaterales, quiero que usted elimine a una odiosa espina que tengo clavada.

—A quien no puede eliminar por sus propios medios. Karpov asintió con la cabeza.

—Me tiene completamente calado, señor Smith.

Los dos hombres se echaron a reír al mismo tiempo, aunque el tono de cada uno fue absolutamente diferente.

—Bueno. —Halliday formó un triángulo con los dedos—. ¿Y quién es el objetivo?

—Abdulla Khoury.

Al secretario se le cayó el alma a los pies.

—¿El líder de la Hermandad de Oriente? Cojones, ya puestos, podría pedirme que asesinara al Papa.

—Asesinar al Papa no nos reportaría nada provechoso a ninguno de los dos. Pero asesinar a Abdulla Khoury, bue-

no, eso es harina de otro costal, ¿no le parece?

—Por supuesto que me parece. El hombre es un maniaco islamista radical, además de una amenaza. Y en este momento está haciendo manitas con el presidente de Irán. Pero la Hermandad de Oriente es una organización con implantación en todo el mundo. Khoury tiene muchos amigos en esferas muy altas. —El secretario meneó la cabeza con una buena dosis de vehemencia—. Intentar eliminarlo sería un suicidio político.

Karpov asintió con la cabeza.

—Eso es una verdad incuestionable. Pero ¿qué pasa con las actividades terroristas de la Hermandad de Oriente?

Halliday soltó un bufido.

—Castillos en el aire; rumores, en el mejor de los casos. Nadie de nuestros servicios secretos ha encontrado jamás la menor prueba fiable de que la Hermandad tenga relación con ninguna organización terrorista. Y créame, lo hemos intentado.

—De eso no me cabe ninguna duda, lo cual significa que no encontraron ninguna prueba de actividad terrorista en la residencia del profesor Specter.

—No hay la menor duda de que el buen profesor era un cazador de terroristas, pero en cuanto a las acusaciones de que fuera algo más... —Halliday se encogió de hombros.

Una inesperada sonrisa se enseñoreó de la cara del coronel, y sin previo aviso un sobre marrón apareció entre ellos encima de la mesa.

—Entonces encontrará esto de especial valor. —Como si moviera su reina para dar jaque mate, Karpov deslizó el sobre hacia Halliday.

Cuando el secretario rasgó el sobre y examinó el contenido, el ruso continuó.

—Como ya sabe, el FSB-2 se ocupa principalmente del tráfico de drogas internacional.

—Eso he oído —dijo Halliday con aspereza, porque sabía perfectamente que el campo de acción del FSB-2 era muchísimo más amplio.

—Hace diez días —prosiguió Karpov—, iniciamos la fase final de una operación antidroga en México en la que llevábamos trabajando más de dos años, porque una de nuestras *grupperovka* de Moscú, la Kazanskaya, ha estado buscando un canal de distribución seguro desde que se metió en el tráfico de drogas.

Halliday asintió con la cabeza. Tenía una ligera idea de quién era la Kazanskaya, una de las familias criminales más destacadas de Moscú, y su jefe, Dimitri Maslov.

—Tuvimos un éxito rotundo, me complace decir —siguió el coronel—. En la redada definitiva en la casa del difunto señor de las drogas Gustavo Moreno confiscamos un ordenador portátil antes de que pudieran destruirlo. La información que está leyendo proviene del disco duro.

A Halliday se le habían helado las yemas de los dedos. La copia impresa estaba atiborrada de números, referencias y notas.

—Ése es el rastro del dinero. El cártel mexicano de las drogas estaba financiado por la Hermandad de Oriente. El cincuenta por ciento de los beneficios se destinaban a comprar armas, que eran enviadas a diversas ciudades portuarias de Oriente Próximo a través de Air Afrika Airways.

»La cual es propiedad absoluta de Nikolai Yevsen, el mayor traficante de armas del mundo. —El coronel carraspeó—. Para que lo entienda, señor Smith, algunos poderosos elementos de mi Gobierno están aliados con Irán, porque queremos su petróleo y ellos quieren nuestro uranio. Hoy día la energía puede con todo lo demás, ¿no le parece? Así que, con respecto a Abdulla Khoury, me encuentro en la molesta posición de poseer las pruebas que lo implican en actividades terroristas y, sin embargo, no poder actuar en consonancia. —Ladeó la cabeza—. Posiblemente usted pueda echarme una mano.

Acallando el estruendo de su corazón, Halliday dijo:

—¿Y por qué quiere hacer desaparecer a Khoury?

—Se lo podría decir —respondió Karpov—, pero luego, lamentablemente, tendría que matarlo.

Aquella era una vieja broma, manida hasta decir basta, pero en los ojos implacables y claros del coronel apareció una vez más aquel brillo inquietante que provocó un escalofrío en el secretario, y absurdamente se le ocurrió que Karpov podría no estar hablando en broma. Aquella no era una teoría que estuviera deseoso de comprobar, así que tomó su decisión con rapidez.

—Acabe con Jason Bourne, y utilizaré todo el poder del Gobierno norteamericano para poner a Abdulla Khoury donde le corresponde.

Pero el coronel ya estaba meneando la cabeza.

—Eso no es suficiente, señor Smith. Ojo por ojo, ése es el verdadero significado del *quid pro quo*, ¿no es así?

—Nosotros no asesinamos a la gente, coronel Karpov —dijo Halliday con fría formalidad.

El ruso se rió desconsideradamente por lo bajinis.

—Por supuesto que no —replicó con sequedad, y se encogió de hombros—. Da lo mismo, *secretario Halliday*. Yo no tengo esa clase de escrúpulos.

Halliday titubeó, aunque sólo momentáneamente.

—Sí, por supuesto, en el acaloramiento del momento olvidé nuestro protocolo, señor Jones. Envíeme todo el contenido del disco duro y se hará lo que pide. —Sacando fuerzas de flaqueza, miró aquellos ojos claros de hito en hito—. ¿De acuerdo?

Boris Karpov hizo un seco saludo militar con la cabeza.

—De acuerdo.

Cuando el coronel salió del club de jazz localizó el Lincoln de Halliday y a los guardaespaldas del Servicio Secreto desplegados por aquella manzana de la Rumfordstrasse co-

mo soldaditos de hojalata. Empezó a caminar en sentido contrario y, después de doblar una esquina, se hurgó en la boca y se sacó las prótesis de plástico que le habían transformado la forma de la mandíbula. Se agarró la protuberancia venosa de su nariz de látex y se la arrancó, así como la masilla de actor que la adhería, hecho lo cual se quitó las lentillas de color gris y las guardó en una caja de plástico. Volvía a ser él de nuevo. Se rió. En el FSB-2 había un coronel que se llamaba Boris Karpov; de hecho, Karpov y Jason Bourne eran amigos, razón por la cual Leonid Danilovich Arkadin había escogido a Karpov para suplantarlo. La ironía le resultaba seductora: el amigo de Bourne proponiendo liquidarlo. Además, Karpov era una hebra más en la tela de araña que estaba tejiendo.

Por parte del político norteamericano no había peligro; Arkadin sabía a la perfección que la gente de Halliday no tenía la menor idea del aspecto de Karpov. Sin embargo, aunque su adiestramiento en Treadstone le había enseñado a no dejar nunca nada al azar, había una buena razón para que se hubiera convertido en una aproximación visual del coronel.

Pasando desapercibido entre la vorágine de pasajeros, cogió el metro en Marienplatz. Tres estaciones y cuatro manzanas más tarde, en el lugar especificado, encontró un coche completamente anodino que lo estaba esperando. En cuanto subió a él, el vehículo arrancó y se dirigió al Aeropuerto Internacional Franz Josef Strauss. Tenía una reserva en el vuelo de Lufthansa de la 01.20 con destino a Singapur, donde cogería el vuelo de las 09.35 a Denpasar, en Bali. Había sido más fácil seguir el rastro del paradero de Bourne —la gente de NextGen Energy Solutions, donde trabajaba Moira Trevor, sabían adónde habían ido los dos— que robar el ordenador portátil de Gustavo Moreno. Pero tenía a varios hombres infiltrados en la Kazanskaya, y uno de ellos había tenido suficiente suerte para estar en casa de Gustavo Moreno una hora antes de producirse la redada de

la FSB-2. Y había huido con las pruebas inculpatorias que en ese momento colocaban a Abdulla Khoury a dos metros bajo tierra. En cuanto Arkadin matara a Bourne.

Jason Bourne estaba en paz. Por fin había superado la muerte de Marie y la culpa se había disipado de su corazón. Estaba tumbado al lado de Moira en un *bale*, un enorme sofá cama balinés con techo de paja soportado por cuatro postes de madera tallados. El *bale* estaba adosado a un muro bajo de piedra a un lado de la infinita piscina de tres niveles que daba al estrecho de Lombok, en el sudeste de Bali. Dado que los balineses estaban pendientes de todo y no se olvidaban de nada, después del primer día todas las mañanas encontraban su *bale* preparado cuando iban a darse su baño antes del desayuno, y sin necesidad de pedirlo, su camarera les llevaba la bebida que más le gustaba a Moira: un Bali Sunrise, un zumo bien frío de naranja, mango y fruta de la pasión.

—No existe el tiempo, sino el momento.

Bourne se removió en el sitio.

—Traduce.

—¿Sabes lo que es el tiempo?

—Me trae sin cuidado.

—Lo que quiero decir —le explicó ella— es que llevamos aquí diez días; y parece que sean diez meses. —Se rió—. Lo digo en el mejor de los sentidos.

Los vencejos se lanzaban de un árbol a otro como si fueran murciélagos o rozaban la superficie de la piscina más alta. El sordo estrépito del oleaje que ascendía desde abajo los hizo callar. Un instante antes dos pequeñas balinesas les habían obsequiado con un ramo de flores frescas colocado en un cuenco de hojas de palma que habían tejido a mano. En ese momento las exóticas fragancias del jazmín rojo y el nardo embalsamaban el aire.

Moira se volvió hacia él.